

Enseñar economía en tiempos turbulentos*

Teaching Economics in Turbulent Times

Freddy Cante Maldonado**



Resumen

En este artículo de reflexión teórica se defiende la siguiente hipótesis: los economistas convencionales buscan controlar las conductas racionales y los comportamientos esperados de individuos con escogencias previsibles, rutinarias y desprovistas de escogencias trágicas y radicales. Se ocupan de estudiar monótonas y probables fluctuaciones y omiten las grandes turbulencias (fenómenos trágicos y poco probables, es decir, cisnes negros) y se enfocan en individuos normalizados, esto es, desprovistos de libertad, de pasiones y de moralidad. El abordaje de esta discusión podrá tener repercusiones positivas para la enseñanza y la investigación de la economía.

Palabras clave: turbulencias, incertidumbre, moralidad, libertad, economía política.

Citar este artículo como: Cante Maldonado, F. (2020). Enseñar economía en tiempos turbulentos *Revista Papeles*, 12(24), 46-57.

Fecha de recibido: septiembre 5 de 2020. Fecha de aceptado: diciembre 10 de 2020.

* Este artículo es una versión actualizada, más profunda y refinada de dos columnas en la Silla Vacía sobre la enseñanza de la economía en tiempos difíciles y la economía del bien y del mal.

** Doctor en ciencias económicas de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor titular de la Facultad de Estudios Internacionales, Políticos y Urbanos de la Universidad del Rosario. E mail: Fredy.cante@urosario.edu.co

Abstract

In this article of theoretical reflection, the following hypothesis is defended: conventional economists seek to control rational behaviors and expected behaviors of individuals with predictable, routine choices devoid of tragic and radical choices. They are concerned with studying monotonous and probable fluctuations and omit the great turbulences (tragic and unlikely phenomena, that is, black swans) and focus on normalized individuals, that is, devoid of freedom, passions and morality. Addressing this discussion may have positive repercussion for economics teaching and research.

Keywords: teaching economics, turbulent times, political economics.

Introducción

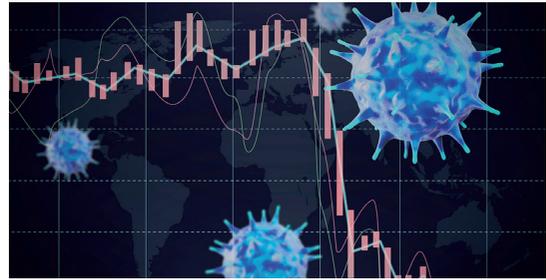
Avanzados los años ochenta del siglo pasado, mientras gobernantes y tecnócratas imponían el modelo neoliberal en América Latina y otros lugares del mundo, la facultad de ciencias económicas de la Universidad Nacional, como el resto de facultades de economía del país, seguía el ejemplo de su par, la Universidad de los Andes, en lo relativo al abandono de la economía política para implementar, intensivamente, una especie de ingeniería económica. La obsesión de quienes administraban los diversos centros educativos era la de garantizar una oferta obediente a las señales del mercado, compuesto por un sector público y privado que demandaba economistas con habilidades y competencias en métodos cuantitativos, técnicas de medición económica, y manejo de los modelos neoclásicos de micro y macroeconomía. En fin, se requería adiestrar a unos obsecuentes profesionales que no hiciesen incómodas preguntas acerca del poder, el conflicto, el sentido de la economía, etc.

Tres décadas después, la mencionada pauta se mantiene, aunque algunos profesores rebeldes de la Nacional y de los Andes hubiesen osado dictar cátedras de heterodoxias económicas en plazoletas y calles, a tono con la ola de inconformidad juvenil en contra del neoliberalismo, a fines del 2019. Socarronamente, el economista Rubio (2019) recuerda que la implantación de las ideas neoliberales fue más represiva que consensuada, a tal punto que un

decano hereje (Eduardo Sarmiento) fue echado de la Universidad de los Andes. Autores como Nussbaum (2016) han mostrado la peligrosa tendencia de una educación a la que se han cercenado las investigaciones y las enseñanzas referentes a las humanidades, las emociones, los problemas del poder y los dilemas morales, lo cual ocurre intensamente en países como Japón, Estados Unidos, y en seguidores de modas “intelectuales” como Colombia.

El mencionado problema no es nuevo y más bien se origina desde los inicios de la ciencia económica. A mediados del siglo XX, el economista heterodoxo Schakle (1979,1991) influenciado por Keynes (quien estudió la incertidumbre radical) y por Hayek (quien entendió que el proceso económico consiste en una adaptación a lo desconocido), mostró que la economía es, principalmente, una teoría de la escogencia y, por tanto, es una de las ciencias de la imprecisión. Puso de relieve que los economistas modernos, en particular los neoclásicos y algunos seguidores de Keynes, han estado obsesionados con medir lo inmedible: la economía convencional u ortodoxa es una especie de física de las relaciones sociales, la cual impone arbitrariamente mediciones para los derechos, los gustos, los placeres, los dolores, los traumas físicos y psíquicos; y también, para los valores, las preferencias políticas, las escogencias afectivas y sexuales, etc.

Lo paradójico de nuestra época se contrasta en dos hechos contradictorios: mientras *el gran hermano* Jeff Bezos puede manipular, mediante algoritmos, a los miles de tontos racionales que se dejan controlar en las sofisticadas tiendas Amazon, la propagación planetaria del ínfimo coronavirus SARS-CoV-2 ha mostrado cuán precarias, imprecisas y nocivas pueden ser las estadísticas, los pronósticos y los manejos de una crisis (gran turbulencia) por parte de economistas convencionales y de otros tecnócratas.



En lo que sigue de este artículo se examinarán los problemas y las alternativas al cuestionable enfoque de la enseñanza de la economía.

¿Quién se acordará de los economistas convencionales?

El título de esta sección se inspira en el extraordinario texto de Maris, Houellebecq, economista (2015), quien a lo largo de este libro hace provocadoras e irreverentes afirmaciones como las siguientes:

Dentro de unos decenios, de un siglo, antes quizá, parecerá inverosímil que una civilización haya podido conceder tanta importancia a una disciplina no solo vacía, sino también absolutamente aburrida, así como a sus celadores, expertos y periodistas, graficómanos, pregoneros, barones y polemistas del pro y del contra (aunque lo contrario sea muy posible). El economista es el que siempre es capaz de justificar *ex post* por qué se ha equivocado por enésima vez (Houellebecq, 2015, p. 14).

Sobre la tensión –entre guardianes del orden y la racionalidad versus exponentes del desorden y lo irracional–, en el estudio de las ciencias económicas, Shackle (1991) destacó que en la solución de problemas, sea desde la teoría económica o desde la economía aplicada, existe una ineludible bifurcación: algunos optan por esclarecer y explicar las motivaciones que impulsan los intercambios, y entonces indagan acerca de los misterios y contradicciones de la naturaleza humana, de la toma de decisiones en un mundo incierto

y, podríamos añadir, muestran los dilemas morales y las implicaciones éticas en la toma de decisiones (¡pese a los anticientíficos juicios de valor!); otros, obsesionados con soluciones prácticas y respuestas fáciles (¡como si tal cosa existiera!), por lo demás, buscadores de estratégicos cargos en el sector público o privado, pretenden establecer mediciones y controles de las elecciones y de la conducta de los actores económicos.

Estos últimos son los denominados tecnócratas, que entienden y asumen que, sin indicadores y sin cálculos estadísticos y econométricos es imposible recurrir al diseño de incentivos y de algoritmos que sirvan para domesticar, manipular y, en fin, para gobernar a los seres humanos desde las empresas, las organizaciones, los partidos, los mercados y los Estados. También existen los economistas malabaristas que tratan de danzar sobre el filo de la navaja entre ambos mundos.

A partir de la mencionada lectura sugiero que los tecnócratas corresponden al mundo de los economistas obsesionados con la medición (incluso de lo que no se podría ni debería medir) y, peor aún, están empeñados en el control de aquellas libertades que un auténtico liberal debería dejar fluir. Sintomáticamente, ellos se concentran en la manipulación perversa de

agregados, promedios y en diversos lechos de Procusto. En aras de evadir los cisnes negros, las escogencias originales y creativas y la incertidumbre ellos están delimitados en la zona de eventos más probables de la campana de Gauss, en lo que Taleb (2008) denomina como “mediocristán”.

A estas alturas resulta pertinente aclarar que, en lo concerniente a algunas condiciones y resultados sociales, económicos y ambientales de la conducta humana, es posible y aún prioritario establecer algunas mediciones. Indicadores referidos a la huella ecológica, la temperatura del planeta, la desigualdad, las condiciones sanitarias y educativas, etc., son fundamentales, aunque no sean raseros

Tiempos turbulentos

Media centuria antes de que el papa Francisco hiciese el llamado a cuidar del planeta, al que denominó *‘nuestra casa común’* y de que la joven ambientalista Greta Thunberg promoviese paros para frenar el incendio de nuestro hogar planetario común, el heterodoxo economista Boulding (1966) planteó que, vergonzosamente, los economistas no habían descubierto la redondez (ni menos aún la finitud) planetaria. En consecuencia, tales seres desquiciados, creían en un crecimiento económico virtuoso (de bienes y servicios, sin males ni destrucción) y, además y más importante, asumían que este habría de ser infinito e incontenible. Boulding mostró que nuestro planeta es un sistema semicerrado, dependiente de un flujo exógeno (la superabundante energía solar) y, a su interior, con unos acervos finitos de recursos naturales y una muy limitada capacidad para soportar la contaminación y destrucción provenientes de la actividad económica.

Hoy aún proliferan ortodoxos economistas trastornados y perturbados tecnócratas quienes, enfocados en ciertos indicadores de opulencia (crecimiento, inversión, gasto

completamente objetivos y disten de ser neutros. Los tecnócratas acérrimos suponen que la economía es una especie de ingeniería social (sea esta gradual o totalizante). Ellos asumen que los seres humanos obedecen mejor a diversas estructuras de incentivos de carácter militar, legal, emocional y económico. Académicos cuestionados como Aumann (2005), quien critica la entrega de tierra a los palestinos como una mala estrategia desde la teoría de juegos; al igual que defensores de la libertad y la justicia como Rawls (1971), que asumen que el ser humano se comporta con preferencia idóneamente si está aprisionado en alguna camisa de fuerza de adecuadas estructuras de incentivos.

privado y público, endeudamiento, etc.) y de rendimientos pecuniarios (rentabilidad), quieren hacernos creer que vivimos en el mejor de los mundos posibles y que la salvación está en producir, consumir y en endeudarse más.

Acercándonos al final del 2020, el año de la pandemia (que quizás no fue: esto debido a que el número de contagios y muertos por Covid-19 dista de las escandalosas cifras publicadas cuando comenzó este flagelo), vivimos en tiempos difíciles con tintes apocalípticos. Esto debido a peores turbulencias ambientales (calentamiento global, cambio climático, extinción de especies animales y vegetales, escasez de agua, etc.). También a graves problemas sociales: creciente pobreza y desigualdad; así como el control de las voluntades y de los cuerpos de la ciudadanía por parte de empresas y Estados, que es característico del capitalismo digital, el cual es posible por el manejo de los grandes volúmenes de datos mediante algoritmos.

En la época de J. S. Mill (cuando la población había superado la barrera de los 2.000 millones de seres humanos) era posible la escogencia

entre dos opciones o estilos de vida, a saber: la existencia vulgar (ser un cerdo feliz) o la vida reflexiva (ser un Sócrates insatisfecho). Hoy con una población que se acerca a los 8.000 millones y que en la perspectiva de Ehrlich (1968), es el principal problema ecológico, que ejerce un impacto multiplicador sobre la afluencia y las emisiones de contaminantes y de gases efecto invernadero, hemos perdido libertad de elección. La colosal masificación de cerdos felices (consumistas y productivistas),

lo que algunos denominan cándidamente como el incremento de las clases medias, tan solo permite que algunos pesimistas sensibles persistamos en la opción de ser una especie de Sócrates indignados. Tristemente, ante el impacto global de la explosión demográfica y de la afluencia despilfarradora y contaminante, los más pobres y, en especial, las nacientes generaciones, quedarían apocalípticamente condenadas a la condición de insectos infelices en vía de extinción.

La deificación del crecimiento y la abstracción de los males económicos

Existen graves crisis planetarias causadas por la acción humana y, en concreto, por las modernas economías del crecimiento: el puro capitalismo (crecimiento con alta desigualdad) y la “benevolente” socialdemocracia (crecimiento con rostro humanista y de desarrollo humano, con baja desigualdad) y ese oxímoron llamado desarrollo sostenible (crecimiento con supuesta preservación ambiental, mediante el que se pretende, falazmente, preservar el ambiente manteniendo la opulencia).

El calentamiento global con el consecuente cambio climático es la crisis más grave y recientemente publicitada. Este resulta de la combustión de carbón, gas y petróleo, de la deforestación, de la moderna agricultura (revolución verde, agroindustria, biocombustibles), de la colosal urbanización y del masivo consumo de carne.

Aunque en años recientes se ha reconocido esta realidad (en particular en la Cumbre de París de 2015), la solución adoptada consiste en reducir emisiones de gases efecto invernadero sin afectar la opulencia ni el incremento poblacional. Como lo plantean Klein (2014) y Spash, (2016), en aras de mantener el crecimiento económico los Estados han optado por la mediocre “solución” de reducir las emisiones de gases efecto invernadero con el fin de no

rebasar los 3 grados centígrados de temperatura global. Por lo demás, esta meta es inviable sin una política de reducción de la población y sin disminuir ostensiblemente la opulencia, como lo han demostrado Ehrlich (1968) y Jackson (2017).

Los devastadores incendios de finales de 2019 en la Amazonia (incluyendo la Bolivia regida por el progresista Evo y el Brasil atrapado por el neoliberal Bolsonaro) y en Australia (extractivista y neoliberal) son resultado del cambio climático y ocurren en países que deforestan y que extraen y exportan combustibles fósiles y otros minerales.

Existen otras grandes crisis globales como el explosivo incremento en la población de humanos y de animales para el consumo (ganado vacuno, cerdos, pollos, etc.); la enorme pérdida de biodiversidad y la cercana extinción de insectos como las abejas y de animales salvajes, esto debido a un modelo de monocultivo y agroindustria que usa insumos derivados de combustibles fósiles; el aumento del poder destructivo de armas atómicas que se ha incrementado ostensiblemente desde Hiroshima y Nagasaki; la escasez energética que lejos de resolverse con los nocivos combustibles fósiles (carbón, petróleo y gas) trata de solucionarse con los mal llamados biocombustibles (cuya

producción genera más inseguridad alimentaria y pérdida de la soberanía alimentaria).

Otras crisis más cotidianas y silenciosas son la persistente pobreza y la enorme desigualdad. La violencia típica de la economía que priva a millones de seres humanos del acceso a los medios más elementales de vida y de trabajo; las muertes de millones de seres humanos debidas a una pésima dieta alimentaria basada en alimentos ultraprocesados con preservantes, azúcar y grasas nocivas; a esto se agrega la existencia capturada en el tráfico y el hacinamiento de una vida urbana encerrada en aire congestionado y polución.

A todo esto se suman las hambrunas de tiempo (la vida de afán, vértigo y desasosiego) (Linder, 1970) y la pérdida del ocio y de las artes liberales, en un mundo esclavizado por la productividad y el imperio de la racionalidad instrumental; la pérdida de la privacidad y la amenaza de las libertades individuales causada por los llamados *numerati* (hacedores

El calentamiento global resulta de la combustión de carbón, gas y petróleo, de la deforestación, de la moderna agricultura (revolución verde, agroindustria, biocombustibles), de la colosal urbanización y del masivo consumo de carne.

de algoritmos) que trabajan para las agencias estatales de inteligencia y para emporios mercantiles de las plataformas informáticas y redes sociales como Google, Apple, Amazon, Zoom, Facebook, Instagram, Tinder, Twitter, etc., dado su enorme poder para inmiscuirse en la vida privada de la gente y manipular las diversas decisiones de los individuos en lo mercantil, lo afectivo, lo político y lo sanitario como lo ha mostrado Baker (2009).

Escogencia, dominio irrestricto y libre albedrío

Los economistas genuinamente liberales plantean que los seres humanos deciden y que sus escogencias están en gran parte indeterminadas (pues las elecciones bajo incertidumbre son libertarias e implican libre albedrío). Algunos como Sen, en *The Idea of Justice* (2009), entienden la economía no debería ser una ingeniería para el diseño y manipulación de incentivos y que, más bien, mediante diversas pedagogías los seres humanos pueden, voluntariamente, transformar sus escogencias, sus preferencias, sus valores y gustos.

El científico Barrow (1999) ha hecho una lectura crítica de las escogencias democráticas y de las teorías de la elección social. De su planteamiento se resalta lo siguiente: la escogencia liberal implica un dominio irrestricto en las preferencias (cada persona puede ordenar o priorizar sus preferencias como mejor considere), las pautas tendientes a crear

tendencias electorales masivas y uniformadas son antiliberales; el libre albedrío ocurre si alguna escogencia individual o colectiva no ha sido prevista ni mucho menos influenciada o manipulada por alguien más; es decir, consiste en escogencias creativas, originales, sorpresivas y, por lo mismo, imprevisibles.

A partir de alguna evidencia empírica reciente relacionada con el avance de la inteligencia artificial, la ciencia de los grandes datos y el espionaje de empresas y Estados que se entrometen en lo más íntimo de nuestras vidas, algunos estudiosos plantean que las escogencias libertarias y el libre albedrío son ilusiones. El historiador Harari (2018, 2020) ha mostrado cómo es que nuestras escogencias están siendo manipuladas y controladas por poderosos imperios económicos y políticos, cosa que se está agravando con la represión y el seguimiento para el manejo de la pandemia del

Covid-19. Recientemente, en un documental del canal alemán (dw-zonadocu, 2019), se muestra a Jef Bezzos como el gran hermano quien, a través de la tienda Amazon, vaticina y programa nuestras escogencias futuras y conoce mejor que nosotros nuestros deseos y necesidades; esta evidencia hace inevitable experimentar una risa sardónica al releer el discurso del liberal Hayek (1974), quien medio siglo atrás mostraba la imposibilidad

de que un Estado o empresa pudiese conocer y procesar los datos de tiempo y lugar de cada una de las millones de variables (individuos) que integran una sociedad.

En un reciente artículo de Cante (2020) se muestra que pese a las restricciones institucionales y los mecanismos de control social existen algunas posibilidades de escogencias plenas de libre albedrío, de las cuales se presenta algunos ejemplos.

Hacia una economía política no violenta

En lo referido al abordaje del tiempo y de la historia existe una clasificación adicional. Unos economistas se preocupan por lo inmediato (la coyuntura y el incendio nuestro de cada día) y por el muy corto plazo. Otros, más pensadores universalistas, se enfocan en los problemas del fin del mundo (el apocalipsis entrópico, el estado estacionario, el cambio social, la economía en tiempos de desastre ambiental, etc.) y las tendencias del largo plazo.

Los tecnócratas, consagrados al diseño de respuestas rápidas y políticas obsecuentes para complacer al mejor postor, prefieren delimitar su trabajo en el muy corto plazo y peor aún, haciendo abstracción de las consecuencias sociales, políticas, ecológicas y ambientales de una escogencia. Evocando el cínico pragmatismo del gris ciudadano Eichmann —explicado por Arendt (2006)—, muchos de ellos se limitan a dar solución “eficiente” a problemas convenientemente delimitados, haciendo cómoda abstracción de irreparables daños sociales y ambientales e implicaciones históricas.

La economía no es un campo de estudio completamente científico y, además, no es neutral ni en lo político ni en lo social. Las diversas doctrinas económicas (marxismo, keynesianismo, socialdemocracia, neoliberalismo, etc.) son muestra de que la economía dista de ser una ciencia unificada y objetiva. En consecuencia, los economistas, sean filósofos morales o tecnócratas, son seres con ideologías, posiciones políticas y; lo más importante, responden a intereses de clase (ocupan una posición social y, por lo mismo, defienden determinados intereses).

La economía convencional y ortodoxa es violenta por naturaleza. Las escogencias económicas convencionales implican enormes sacrificios, en lo social se sacrifican a unos seres para beneficiar a otros y en lo ambiental se propende por el crecimiento a costa de dañar la naturaleza. El perspicaz literato Swift (2005) captó magistralmente la esencia de la economía moderna y violenta, cuando parafraseando argumentos típicos de coste-beneficio planteó que sería un buen negocio para los pobres vender a sus retoños de pocos meses de edad como un tipo de carne tierna y pura para el paladar exigente de los opulentos consumidores.

En tiempos de turbulencias ambientales y sociales existen algunas opciones heterodoxas para replantear la formación de economistas y de estudiosos sociales con adecuados fundamentos en teoría y política económica.

La economía no es un campo de estudio completamente científico y, además, no es neutral ni en lo político ni en lo social

Los diversos autores de un libro recientemente editado por (Cante y Torres, 2019) han planteado que es prioritario preguntarnos acerca del tipo de economía adecuada para resolver crisis ambientales y sociales. Ellos sugieren que una economía política de la no violencia permite dar un viraje radical de pensamiento y, por tanto, contribuir a la creación de unas relaciones sociales de escogencia, producción, apropiación, distribución y consumo que hagan posible reducir ostensiblemente la violencia social y la destrucción ambiental. Más allá de una

transición energética requerimos un cambio radical en las motivaciones y conductas humanas como el que se plantea en algunos modelos y pautas de economías budistas y gandhianas. Abandonar cuestionables metas como el crecimiento, la productividad, el consumismo y la búsqueda de lucro son parte de la agenda de la economía no violenta y, por lo mismo, nos encaminarían a un mundo con ocio y con un buen vivir. El decrecimiento, la economía ecológica, la bioeconomía y la ética hacen parte del programa de una economía política no violenta.

Enseñar, economía, moral y ética

Estudiosos de la elección social como Arrow (1963) y Sen (2017) plantean que no somos meros consumidores que se limitan a escoger canastas de bienes. Ellos sugieren que los individuos pueden desear o preferir ciertos estados sociales, lo cual depende de sus valores o juicios morales.

Historiadores como Thompson (1971), mostraron que las llamadas revueltas por el pan, en albores del capitalismo, no eran una reacción masiva de carácter estomacal sino una lucha social que estaba motivada por una visión de la moralidad antípoda de los valores de competencia, egoísmo y especulación de la naciente sociedad capitalista.

Más recientemente el joven economista checo Thomas Sedlacek, quien fue asesor del recordado líder Vaclav Havel, escribió un fascinante libro que fue traducido al español con el título de *Economía del bien y del mal*. En dicho texto Sedlacek (2013) se pregunta acerca de la búsqueda del significado económico desde Gilgamesh hasta Wall Street. Según este autor, la economía de los números y de las abstrusas fórmulas es apenas la punta del iceberg de la realidad. Lo que aún permanece cubierto por la bruma del misterio (y por la ignorancia voluntaria de los economistas y de otros estudiosos sociales), es lo más relevante, y tiene que ver

con los grandes mitos y narrativas, y con las visiones del mundo que orientan a los teóricos, y a los hacedores de modelos y de pautas de política económica.

Sedlacek plantea que la moderna ciencia económica no está libre de supersticiones. El gran mito (y la enorme quimera) de los economistas modernos es esa especie de “espíritu santo”, denominado mano invisible que, por una extraña alquimia o desviación, permite que los vicios privados promuevan la prosperidad y el bienestar colectivo. Tal mito comenzó con textos literarios como el de Bernard de Mandeville (la fábula de las abejas, o cómo los vicios privados hacen virtud pública), continuó con reflexiones filosóficas de autores como David Hume y Adam Smith, y se completó algo más con posteriores argumentos de Friedrich Hayek. Hoy todos los economistas convencionales creen en el virtuoso funcionamiento de un mercado competitivo, esto pese a que la tal mano invisible parece más la contrahecha garra de algún satán, a juzgar por los impactos negativos que en lo social y en lo ambiental tienen los mercados. Resulta sintomático que el propio padre de la economía moderna comenzó con un texto sobre las pasiones, los sentimientos morales (Smith, *Theory of Moral Sentiments*, 2011) y, en particular, la

actuación de un ser sensible y empático que está dispuesto a ayudar a sus semejantes.

Sedlacek recaba en una preocupación de muchos, a saber: grandes obras económicas como *La riqueza de las naciones* de Smith (1776) y *La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* de Keynes (1990) fueron textos básicamente narrativos y plenos de profundas reflexiones filosóficas y discusiones sobre la ética. Esto contrasta con textos económicos más recientes como los modelos de equilibrio general y de modelo de mercado competitivo de P. Samuelson y J. K. Arrow, que abundan en lenguaje matemático, y marginan la narrativa, la filosofía y erradican los juicios de valor por ser, supuestamente, contrarios a la ciencia.

Los economistas convencionales (básicamente neoclásicos), se han ocupado de estimar y maximizar utilidades. Su pregunta fundamental es, por tanto, si algo (un bien o un servicio, o la naturaleza misma) o alguien (cualquier ser humano), es útil, y cómo propender por maximizar esa utilidad.

Sedlacek nos recuerda que el debate moderno sobre la utilidad hunde sus raíces en una antigua discusión entre los hedonistas y los estoicos. Los hedonistas sugirieron una utilidad sin restricciones ni trabas morales; los estoicos buscaron imponer límites morales a la utilidad.

Los economistas convencionales (básicamente neoclásicos), se han ocupado de estimar y maximizar utilidades. Su pregunta fundamental es, por tanto, si algo (un bien o un servicio, o la naturaleza misma) o alguien (cualquier ser humano), es útil, y cómo propender por maximizar esa utilidad.

Los modernos economistas ponen diversos énfasis en la utilidad: los lejanos filósofos utilitaristas Jeremy Bentham y James Mill quisieron que el ser humano fuese una máquina hedonista de maximizar placer y minimizar dolor; el más hereje, Mill (1885) criticó el utilitarismo burdo de los cerdos satisfechos y buscó un utilitarismo con placeres y valores más elevados; defensores de modelos de escogencia democrática sin juego sucio y sin ruidos como Condorcet, Arrow (1963), Sen (2017) han escogido unos estimativos ordinales de la utilidad (con la pretensión cientifista de omitir juicios de valor); viejos zorros como Borda y los exponentes de la escuela de la elección pública gringa como Schumpeter (1942), Buchanan y Tullock (1970), han estudiado la democracia como un mercado más, como un juego sucio de compra y venta de votos, y entonces han optado por modelos que permiten “calcular” la intensidad cuantitativa de las preferencias; de otro lado, Tversky y Kahneman, quienes asumen supuestos críticos de la economía convencional (2000), han hecho modelos que muestran una racionalidad imperfecta y, sin embargo, se centran en el aspecto hedonista de la escogencia.

El planteamiento central de Sedlacek es que los economistas se deberían ocupar de los grandes interrogantes concernientes al bien y al mal, lo que implicaría abandonar el estrecho lente de caprichos y propensiones (utilidad) y entrar en discusiones relacionadas con los valores, y los mitos y narrativas que los sustentan. Implícitamente los economistas manejan criterios de lo bueno y lo malo, por ejemplo, los más disciplinados de la ortodoxia afirman que lo bueno es crecer, tener baja inflación, mucho trabajo y, además, un consumismo creciente.

La discusión sobre el bien y el mal implica un viraje fundamental: salir del positivismo y entrar en el terreno de la ética. Dejar de asumir que la economía está más allá del bien y del mal, y que es pura ciencia despojada de juicios de valor en donde solo se busca explicar

“cómo son las cosas” y se olvida responder al interrogante “cómo debería ser el mundo”. Abandonar la indiferente comodidad e indiferencia del egoísmo, con la que supone que cada individuo o unidad productiva se dedica a hacer bien su trabajo (y de paso maximizar su función de utilidad) y se olvida del resto del mundo. Retomar la sensibilidad moral (la empatía que estudió Adam Smith en su teoría de los sentimientos morales) y la preocupación por el resto de nuestros semejantes y de la naturaleza (lo que implica acercarnos más a enfoques como, por ejemplo, el de Francisco de Asís y al de Kant).

A finales de los setenta el economista Sen (*Rational Fools: A Critique of the Behavioral Foundations of Economic Theory*, 1977), en clara rebeldía al interior del pensamiento convencional, mostró que los teóricos y hacedores de modelos neoclásicos habían reducido el ser humano a una especie de “tonto racional”, un ente maximizador sin sentimientos, sin afectos y sin relaciones sociales. Hoy el planteamiento de Sedlacek nos permite constatar que las filas de economistas convencionales y de los disciplinados ejércitos de tecnócratas que les siguen están superpobladas de “matemáticos tarados”, especímenes que saben de números, pero olvidan lo más importante: el bien y el



mal de teorías, modelos y políticas económicas que formulan.

En nuestro contexto las preguntas sobre el bien y el mal podrían enriquecer la discusión sobre temas como desarrollo y medio ambiente, en perspectivas como las siguientes: ¿es bueno y ético insistir en la extracción de oro, a sabiendas de que la demanda mundial de este metal precioso es prioritariamente para saciar a especuladores y vanidosos especímenes del consumo ostensible?; ¿acaso no es mala y nociva una economía que hace de los seres humanos unos maniáticos del crecimiento y del consumismo, y unos adictos al uso de combustibles fósiles que aceleran el calentamiento global?

Conclusión

En estos tiempos de turbulencia y de umbrales apocalípticos no solo habría que abandonar la enseñanza de la economía ortodoxa; sino que, además y más importante, habría que trabajar para resolver problemas genuinos y relevantes. Quizás el problema económico más importante está relacionado con el sentido mismo de la existencia. El gran economista y pionero de la bioeconomía, el rumano Georgescu-Roegen (1975) demostró que todas las economías son generadoras de gasto y aceleradoras de la entropía. Ante ese sin sentido comparable al tormento de Sísifo, solo queda encontrar el sentido de la

existencia el cual tiene que ver con el goce, bienestar o buen vivir que podamos hallar en nuestras diversas actividades. Una de las enseñanzas que van dejando estos tiempos pandémicos es la enorme relevancia de las economías del cuidado, aquellas que propenden por cuidar de otros seres humanos y de la naturaleza. El economista heterodoxo Jackson (2017) mostró que es posible una prosperidad sin crecimiento y con fuerte énfasis en fortalecer aquellos sectores económicos relacionados con la economía de los cuidados como la salud, la educación, la recreación y el ecologismo.

Referencias

- Arendt, H. (2006). *Eichmann in Jerusalem, a Report on the Banality of Evil*. New York: Penguin Classics.
- Arrow, J. K. (1963). *Social Choice and Individual Values*. Connecticut: Yale University Press.
- Aumann, R. (8 de Diciembre de 2005). *Nobel-prize*. <https://www.nobelprize.org/prizes/economic-sciences/2005/aumann/lecture/>
- Baker, S. (2009). *Los Numerati*. Planeta.
- Barrow, J. (1999). *Impossibility: The Limits of Science and the Science of Limits*. Oxford: Oxford University Press.
- Boulding, K. (1966). The Economics of the Coming Spaceship Earth. En: H. Jarret, *Environmental Quality in a Growing Economy* (pp. 3-14). Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Cante, F. y Torres, W. (2019). *Nonviolent Political Economy*. Routledge.
- Cante, F. (2020). Social Transformation including Class Conflict, Historical Restrictions and Free Will. *Open Journal of Social Sciences*, 267-281.
- Dw-zonadocu. (10 de mayo de 2019). *DW*. <https://www.youtube.com/watch?v=UzGgmfwaTT8&list=PL16827904A0FCF49A&index=77>
- Ehrlich, P. (1968). *The Population Bomb*. Ballantine Books.
- Georgescu-Roegen, N. (1975). Energy and Economic Myths. *Southern Economic Journal*, 347-381.
- Jackson, T. (2017). *Prosperity without Growth: Foundations for the Economy of Tomorrow*. Routledge.
- Klein, N. (2014). *This Changes Everything*. Simon & Schuster.
- Keynes, J. M. (1990). *The General Theory of Employment, Interest and Money*. Encyclopedia Britannica, Inc.
- Linder, S. B. (1970). *The Harried Leisure Class*. Columbia University Press.
- Harari, Y. (2018). *Homo Deus: a Brief History of Tomorrow*. Harper Perennial.
- _____. (20 de March de 2020). *Financial Times*. Obtenido de Financial Times: https://www.ft.com/content/19d90308-6858-11ea-a3c9-1fe6fedcca75?fbclid=IwAR1KG8-BgU2Byh7CK2W91TiO4RnODm-uFVcY8qcnHGPP5s5vFYgR_a4RxQ0
- Hayek, F. (11 de diciembre de 1974). *Nobelprize*. <https://www.nobelprize.org/prizes/economic-sciences/1974/hayek/lecture/>
- Ioannidis, J. (17 de marzo de 2020). *Statnews*. <https://www.statnews.com/2020/03/17/a-fiasco-in-the-making-as-the-coronavirus-pandemic-takes-hold-we-are-making-decisions-without-reliable-data/>
- Maris, B. (2015). Houellebecq economista. Anagrama.
- Mill, J. S. (1885). *Principles of Political Economy*. Appleton and Company.
- Buchanan, J. y Tullock, G. (1970). *The Calculus of Consent: Logical Foundations of a Constitutional Democracy*. Liberty Fund.
- Nussbaum, M. (2016). *Not for Profit: Why Democracy Needs the Humanities*, Updated Edition. New Jersey: Princeton University Press.
- Rawls, J. (1971). *A Theory of Justice*. Harvard University Press.
- Rubio, M. (19 de diciembre de 2019). *mrp-ee.blogspot.com*. <https://mrp-ee.blogspot.com/2019/12/pilatunas-uniandinas.html?fbclid=IwAR1fZvxMoTbFDu11uNs4CUTOtLziY7YdlHzj3qFfpe7p8HnEbU28OP9Xqow>
- Schacke, G. (1979). *Imagination and the Nature of Choice*. Edinburgh University Press.
- Shackle, G. L. (1991). *Epistemics and Economics: A Critique of Economic Doctrines*. Routledge.
- Schumpeter, J. (1942). *Capitalism, Socialism and Democracy*. Harper & Brothers.

- Sedlacek, T. (2013). *Economics of Good and Evil: The Quest for Economic Meaning from Gilgamesh to Wall Street*. Oxford University Press.
- Sen, A. (1977). Rational Fools: A Critique of the Behavioral Foundations of Economic Theory. *Philosophy & Public Affairs*, 317 - 344.
- _____. (2009). *The Idea of Justice*. Harvard University Press.
- _____. (2017). *Collective Choice and Social Welfare: an expanded edition*. Harvard University Press.
- Spash, C. (1 de April de 2016). *Viena University of Economics and Business*. <http://epub.wu.ac.at/4802/>
- Smith, A. (1776). *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. W. Strahan and T. Cadell.
- _____. (2011). *Theory of Moral Sentiments*. London: Gutemberg Publishers.
- Swift, J. (2005). *Una modesta proposición*. Monte Ávila.
- Taleb, N. (2008). *The Black Swan: The Impact of the Highly Improbable*. Penguin.
- Tversky, A. y Kahneman, D. (2000). *Choices, Values and Frames*. Cambridge University Press.